

La escalera

Angélica Koncurat Savid



Image not found.

Capítulo 1

Amalia se detuvo como acostumbraba a hacerlo cada tres o cuatro pasos. Sus piernas ancianas, aunque vigorosas tras la piel apergaminada, ya no respondían igual que antaño.

Pensó un poco melancólica en los cambios. Todo era diferente ahora. Miró su mano, asida fuertemente de la baranda negra. El anillo de oro en el dedo anular emitió un leve destello. Sus dedos largos y delgados lo hacían ver algo pequeño, y su inmutabilidad contrastaba con aquella mano que lo había soportado a lo largo de tantos años; cambiando todo el tiempo, arrugándose y obteniendo cicatrices.

Amalia pensó en otras cosas que también se habían conservado inmutables a lo largo de sus ochenta años. Como la escalera.

Arrastró su pie izquierdo más cerca del derecho y puso sus dos manos sobre la baranda. En puntas de pie, con mucho cuidado de no perder el equilibrio, asomó su anciana cabeza, llena de recuerdos y bucles blancos. Miró hacia abajo.

Los peldaños de mármol casi se perdían descendiendo en forma de espiral. Tan pulcros, tan simples, tan firmes, tan... fascinantes. Observando se dio cuenta de que sí había algo distinto en ellos. Una línea negra de cinta áspera colocada en el extremo saliente de cada peldaño. Enseguida supuso que sus hijos la habrían colocado allí por prevención.

¡Increíble! Hasta el mármol eterno podía sufrir cambios...

Amalia también los había sufrido. Toda clase de cambios. Nacimientos, muertes, enamoramientos, distanciamientos, guerras, mudanzas. La lista podía ser eterna. Lo mismo que esa escalera. Distinta e igual a la vez.

Recordó su juventud. Cerró los párpados por unos segundos. El sol entraba a raudales por la ventana, pero en su memoria era de noche. Los sonidos del ambiente se transformaron en un santiamén. Lo que segundos antes era el alegre trinar de un ave, ahora se había convertido en una melodía de piano, fresca y encantadora.

Amalia tenía quince años otra vez y reía muy fuerte mientras bajaba a una velocidad vertiginosa la escalera de caracol, seguida muy de cerca por un muchacho.

Su corazón palpitaba casi tan rápido como sus pies bajaban los escalones y muchísimo más fuerte. En menos de un minuto había llegado al piso de

baldosas rectangulares.

Él la seguía tan deprisa que prácticamente la chocó al saltar el último peldaño.

Ambos fueron a parar al suelo. Los cabellos rojos de Amalia estaban alborotados. El pelo oscuro de él resistía gracias a la gomina. Los ojos verdes de ella centelleaban mientras se reía a carcajadas y los negros de él tenían un brillo especial mientras la observaba encantado.

De pronto, el joven escuchó unos pasos que se acercaban y le advirtió a la muchacha tomándola de su mano suave y delicada. Amalia calló abruptamente y se incorporó. Se pusieron de pie y él la condujo unos pasos, hasta esconderse tras la escalera. En todo ese tiempo ella no había podido dejar de sonreír.

Entonces, él la atrajo más hacia sí y, casi sin aviso previo, la besó.

Eran las siete de la tarde cuando la empleada encontró a la señora Amalia sentada en el suelo, contra la baranda de la gran escalera de mármol. Se hallaba con las piernas estiradas y los hombros caídos. La cabeza descansaba hacia atrás y sus párpados estaban cerrados. Los bucles blancos peinados perfectamente, la sonrisa plasmada en su rostro, dándole vida a sus facciones arrugadas.

Casi parecía que dormía...